



Modelos de lector

Autor:
Kohan, Martín

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 117-121



Artículo



MODELOS DE LECTOR

por Martín Kohan

La pretensión de contar con un “lector modelo” comienza a tornarse un tanto ambiciosa, a medida que la literatura va penando, cada vez más, en procura de un lector, de un lector simplemente, sin mayores especificaciones (un lector como el que podría desear la poesía: que sea lector de poesía, sin ser necesariamente poeta; un lector como podría desear buena parte de la narrativa: que sea nomás un lector, sin ser necesariamente un crítico). La idea de un lector modelo, que coopera con el texto, que contribuye a hacer funcionar ese “mecanismo perezoso” que es un texto, tiende a resultar *fabulosa* o *fabulada*, antes que *in fabula*¹. En lugar de constituir una figura que la literatura sea capaz de generar, va resultando una figura que existe, más que nada, en la literatura, y no tanto fuera de ella.

Don Quijote de la Mancha, por lo pronto, sí era un lector modelo: lejos de toda pereza, para él la lectura de novelas se convirtió en acción, en pura acción. La premisa de la “fusión de horizontes”, de una fusión entre el horizonte de expectativas del texto y el horizonte de experiencias del lector, se produce en él con tal plenitud, que ya no hay distinción alguna entre la literatura y la vida (por eso puede decirse que “Don Quijote lee el mundo para demostrar los libros”²). No habrá tampoco distinción posible para Annie Wilkes, la feroz enfermera de *Misery* de Stephen King, quien superpone igualmente en un mismo plano *lo que lee y lo que vive*. Lee con tal intensidad que es como si estuviera viviendo (y en este momento de identificación compensatoria, bien podría ser como Madame Bovary); pero luego vuelve a la vida y ya en la vida actúa como si estuviera leyendo (y cuando el mundo es para ella un signo, al igual que la literatura, es a Don Quijote a quien se asemeja).

En la fábula del lector modelo, entonces, en la ficción de la fusión de horizontes, la vida y la literatura se articulan o se imbrican (ya sea por identificación, ya sea por contraste). Se produce una especie de continuidad, una continuidad igual a la que se verifica en la famosa cinta de Moebius, donde incluso lo inverso

está en relación de continuidad con el anverso. Tal es la continuidad, en "Continuidad de los parques", entre la literatura y la vida. El lector de Cortázar se encierra a leer, tal como Don Quijote se había encerrado en principio³; sólo que, a diferencia del Quijote, él no necesita salir después al mundo para que efectivamente la literatura se le haga vida y la vida se le haga literatura. Claro que la representación cabal del lector modelo la encontramos, fatalmente, en un texto de Borges: Pierre Menard es, hasta tal punto, un lector que coopera con el texto que lee (y el texto que lee, no por nada, es precisamente el Quijote), que se vuelve verosímil su equiparación con el autor⁴. Sólo para el lector modelo es posible abordar un texto y, sin necesidad de modificarlo en nada, convertirlo en otro texto.

Ninguna de estas posibilidades contempla, sin embargo, la pereza del lector; ni contempla tampoco, incluso para un lector bien dispuesto, que la lectura y la vida puedan estar en relación de discontinuidad. Homologadas o contrastantes, por intensificación o por compensación, la lectura y la vida se continúan la una a la otra de acuerdo con todas estas formulaciones. Puede pensarse, en cambio, en una refracción elemental entre una instancia y la otra; una bifurcación que impida cualquier forma de fusión (ni siquiera una que articule un contraste, porque también el contraste es una forma de articulación). Vida y libros ya no se funden, ni con las novelas de caballerías leídas por Don Quijote, ni con las novelas de Misery leídas por Annie Wilkes, ni con la novela policial leída en el relato de Cortázar. La lectura y la vida se desencuentran y divergen. La idea de una recepción por la cual se actualicen los textos en un presente determinado, la idea de que la lectura pueda desencadenar efectos sobre una situación concreta, se complica si a la literatura y al mundo se los piensa en términos de una desarticulación. Si la continuidad que la recepción presupone entre la lectura y el mundo resulta ser, en verdad, una discontinuidad, se comienza a pensar ineludiblemente en otra forma de lectura y en otra forma de lector.

Sigamos suponiendo que hay un lector y sigamos suponiendo que no se trata de un lector perezoso (lo cual implica, doblemente, una disposición al optimismo). Precisamente porque hay un lector, y precisamente porque el lector *quiere leer*, la lectura y la realidad pueden llegar a molestarse mutuamente (algo de esta molestia latía, de todas formas, detrás del encierro inicial del Quijote o del personaje de "Continuidad de los parques"). La realidad molesta, en efecto, cuando el padre de Julián Sorel sorprende a su hijo leyendo arriba de un árbol, se trepa y arroja de un golpe el libro, haciéndolo volar hasta el río⁵; molesta también, de manera casi idéntica, cuando la madre de Silvio Astier lo interrumpe en su lectura para mandarlo a trabajar⁶.

está en relación de continuidad con el anverso. Tal es la continuidad, en "Continuidad de los parques", entre la literatura y la vida. El lector de Cortázar se encierra a leer, tal como Don Quijote se había encerrado en principio³; sólo que, a diferencia del Quijote, él no necesita salir después al mundo para que efectivamente la literatura se le haga vida y la vida se le haga literatura. Claro que la representación cabal del lector modelo la encontramos, fatalmente, en un texto de Borges: Pierre Menard es, hasta tal punto, un lector que coopera con el texto que lee (y el texto que lee, no por nada, es precisamente el Quijote), que se vuelve verosímil su equiparación con el autor⁴. Sólo para el lector modelo es posible abordar un texto y, sin necesidad de modificarlo en nada, convertirlo en otro texto.

Ninguna de estas posibilidades contempla, sin embargo, la pereza del lector; ni contempla tampoco, incluso para un lector bien dispuesto, que la lectura y la vida puedan estar en relación de discontinuidad. Homologadas o contrastantes, por intensificación o por compensación, la lectura y la vida se continúan la una a la otra de acuerdo con todas estas formulaciones. Puede pensarse, en cambio, en una refracción elemental entre una instancia y la otra; una bifurcación que impida cualquier forma de fusión (ni siquiera una que articule un contraste, porque también el contraste es una forma de articulación). Vida y libros ya no se funden, ni con las novelas de caballerías leídas por Don Quijote, ni con las novelas de Misery leídas por Annie Wilkes, ni con la novela policial leída en el relato de Cortázar. La lectura y la vida se desencuentran y divergen. La idea de una recepción por la cual se actualicen los textos en un presente determinado, la idea de que la lectura pueda desencadenar efectos sobre una situación concreta, se complica si a la literatura y al mundo se los piensa en términos de una desarticulación. Si la continuidad que la recepción presupone entre la lectura y el mundo resulta ser, en verdad, una discontinuidad, se comienza a pensar ineludiblemente en otra forma de lectura y en otra forma de lector.

Sigamos suponiendo que hay un lector y sigamos suponiendo que no se trata de un lector perezoso (lo cual implica, doblemente, una disposición al optimismo). Precisamente porque hay un lector, y precisamente porque el lector *quiere leer*, la lectura y la realidad pueden llegar a molestarse mutuamente (algo de esta molestia latía, de todas formas, detrás del encierro inicial del Quijote o del personaje de "Continuidad de los parques"). La realidad molesta, en efecto, cuando el padre de Julián Sorel sorprende a su hijo leyendo arriba de un árbol, se trepa y arroja de un golpe el libro, haciéndolo volar hasta el río⁵; molesta también, de manera casi idéntica, cuando la madre de Silvio Astier lo interrumpe en su lectura para mandarlo a trabajar⁶.

El lector tiene entonces que *deshacerse* de la realidad, y la lectura ya es menos un “hacer” que un “deshacer”. Bajo la forma de la molestia o de la interrupción, el mundo no es el lugar en que se produce la lectura: es aquello que la impide. Sólo se puede leer cuando el mundo queda suspendido; ese esfuerzo de suspensión (que no es un movimiento de fusión, sino pura discrepancia) marca la escena de las lecturas de infancia también en Proust: “Por la mañana, al volver del parque, cuando todo el mundo había salido a ‘dar un paseo’, me deslizaba en el comedor donde, hasta la hora todavía lejana de almorzar, no entraría nadie más que la vieja Félicie relativamente silenciosa, y donde no tendría por compañeros, muy respetuosos de la lectura, más que los platos pintados colgados en la pared”. Claro que “a menudo, mucho antes de la hora del almuerzo, empezaban a llegar al comedor los que cansados, habían abreviado el paseo (...). Nada más entrar decían educadamente: ‘No te molestaré’, pero acto seguido empezaban a acercarse al fuego, a consultar la hora, a comentar que el almuerzo no sería mal recibido”⁷⁷.

El ideal de la recepción literaria no solamente presupone un “lector modelo”, sino que presupone también un “mundo modelo”. Lejos de semejante afinidad, cuando el mundo es ante todo molestia e interrupción, existe la necesidad de desembarazarse de él para poder, tranquilamente, ponerse a leer. Sólo así entendido el acto de leer es una aventura, exactamente en el sentido en que Italo Calvino habla de “La aventura de un lector”. El lector de Calvino no superpone actividad, vida y lectura; por el contrario: “Desde hacía un tiempo Amedeo tendía a reducir al mínimo su participación en la vida activa (...). No obstante, el interés por la acción sobrevivía en el placer de la lectura”⁷⁸. Su apacible lectura playera, sin embargo, se ve interrumpida por la presencia de una mujer en las cercanías, la cual fatalmente lo distrae. La cercanía deriva en una conversación; la conversación deriva en un baño de mar compartido por ambos; el baño de mar deriva en un encuentro sexual. Sólo que todo el episodio, la conversación, el baño, el encuentro sexual, le resultan a Amedeo un perturbador apartamiento de la lectura: todo lo hace Amedeo echando un vistazo inquieto al libro que ha dejado a un lado, añorando el momento de regresar a la lectura, o queriendo -y no pudiendo- leer y hacer al mismo tiempo.

Queda para el Quijote, lector modelo, la superposición entre leer y hacer (queda para Menard, lector modelo, la superposición entre leer y ese hacer que es la escritura, y que convierte a la lectura también en un hacer). Pero Amedeo no es un modelo, ni como lector ni como amante. Mientras que el Quijote, cuando mira el mundo, ve literatura (el Quijote, cuando sale al mundo y mira, no ve: lee), Amedeo queda perturbadoramente tironeado entre dos órdenes que se resisten a la

articulación: o mira a la mujer o lee el libro: “Amedeo no sabía si mirarla fingiendo que leía o si leer fingiendo que la miraba”⁹. Los horizontes se desencuentran definitivamente, y sólo es posible situarse en uno renunciando al otro, o convirtiendo al otro en una ficción.

En las antípodas del optimismo crítico respecto de un lector que hace lo que tiene que hacer o lo que se espera que haga, en un mundo que además lo deja hacer, la literatura contiene y despliega la perturbadora posibilidad de signo contrario: ya sea, por una parte, un mundo que interrumpe o molesta; o bien, por la otra, un lector que saltea o que se distrae. El lector que saltea atenta contra el principio constructivo de las frases y de la trama del texto, y sólo puede ser conjurado por un texto que consiga él mismo saltar: “en la obra en que el lector será por fin leído, *Biografía del lector*, sábase que se dirá lo que, desconcertante, le ocurrió al saltado con un libro tan zanjeado que no hubo recurso sino leerlo seguido para mantener desunida la lectura, pues la obra saltaba antes”¹⁰. La ficción de un libro saltado para el lector saltado, la ficción de un libro donde el leído será el lector, expresan el propósito siempre vano de prevenir las inconductas de la lectura. Si la lectura es, ante todo, desencuentro y desarticulación entre el texto y el mundo, siempre existirá la posibilidad, imprevisible e inevitable, de la interrupción: “Pero vayamos, más lejos aún, al campo de la experiencia cotidiana ¿No ocurre acaso que cualquier llamada telefónica o cualquier mosca puede distraer al lector de la lectura justamente en ese supremo momento en que todas las partes y tramas se juntan en la unidad de la solución final? ¿Y si en ese momento entrase, digamos, su hermano y dijese algo? La noble labor del escritor se echa a perder a causa de una mosca, un hermano o un teléfono”¹¹. La noble labor del escritor puede prefigurar una labor de lectura igualmente noble, y entonces a ese lector se lo llamará Pierre Menard y se lo llamará también autor. Queda, claro, la otra variante. La lectura dispersa, saltada, interrumpe, somete a esa noble labor del escritor al avatar accidental del vuelo zumbante de una mosca, y no le deja otra posibilidad que la queja desolada.

NOTAS

- ¹ Umberto Eco, *Lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981 (capítulo 3: “El lector modelo”).
- ² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1988; pág.54.
- ³ Se encierra el lector de Cortázar y prescinde del mundo: “Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó

- que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos" (*Final del juego*, Buenos Aires, Sudamericana, 1964; pág.9).
- ⁴ También al Quijote, al fin de cuentas, "muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra" a la aventura que leía (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1980; pág.86).
- ⁵ Dice Stendhal: "En vez de vigilar atentamente la acción de todo el mecanismo, Julián estaba leyendo. Nada había que pudiera serle más antipático al viejo Sorel: (...) aquella manía de la lectura le resultaba odiosa" (*Rojo y negro*, Barcelona, Bruguera, 1981; pág.23).
- ⁶ El episodio es conocido:
"Cuando cumplí los quince años, cierto atardecer mi madre me dijo:
-Silvio, es necesario que trabajes.
Yo que leía un libro junto a la mesa, levanté los ojos mirándola con rencor" (Roberto Arlt, *El juguete rabioso*, Buenos Aires, Losada, 1985; pág.41).
- ⁷ Marcel Proust, *Sobre la lectura*, Valencia, Pre-textos, 1997; págs.8 y 10. También aquí se apela al recurso de treparse a un árbol (cfr.pág.22).
- ⁸ Italo Calvino, *Los amores difíciles*, Barcelona, Tusquets, 1995; pág.100.
- ⁹ *Ibidem*, pág.112.
- ¹⁰ Macedonio Fernández, *Museo de la Novela de la Eterna*, Buenos Aires, Corregidor, 1975; pág.29.
- ¹¹ Witold Gombrowicz, *Ferdydurke*, Barcelona, Edhasa, 1984; pág.73/4.